

PRÓLOGO PARA EL LIBRO LA FACULTAD DE MINAS 1970-2012

Cuando en un país relativamente joven como Colombia una institución se apresta a cumplir 130 años de funcionamiento, sin perder la reputación y el dinamismo característicos de su historia, cabe preguntarse por las razones de esa dilatada y exitosa trayectoria.

La respuesta a ese interrogante se encuentra en los diferentes libros que se han publicado sobre la historia de la Facultad de Minas, el último de los cuales fue escrito por el profesor Luis Javier Villegas Botero, Licenciado en Filosofía y Letras y Magíster en Historia, quien se ocupa de describir y analizar lo ocurrido entre los años 1970 y 2012.

Aquellos libros ponen de presente que en momentos cruciales para la vida regional la Facultad de Minas ha respondido, con visión de país, a los retos educativos planteados a la ingeniería por las necesidades del desarrollo y la modernización. Bastaría mencionar en un rápido recorrido los aportes de la Institución y sus egresados a la explotación minera, la metalurgia y la fundición desde fines del siglo XIX; el despegue industrial hacia principios del siglo XX, tanto en la región como en el país; la construcción y operación del Ferrocarril de Antioquia, obra trascendental para superar el aislamiento secular de la región y al cual muchos de los egresados de la antigua Escuela de Minas que allí trabajaron lo veían como el mejor campo de práctica profesional; el ejemplar desarrollo hidroeléctrico de Antioquia, cuyos beneficios trascenderían a la Nación; el conocimiento geológico del departamento y del país; la formación de ingenieros de geología y petróleos que facilitarían la creación de Ecopetrol una vez revertida la Concesión de Mares; los incipientes servicios públicos domiciliarios que culminaron en las Empresas Públicas de Medellín, calificada como la empresa, pública o privada, más importante de Colombia en el siglo XX; el fortalecimiento de la consultoría nacional para reducir la dependencia de los expertos internacionales; el primer centro de computación en una facultad de ingeniería; el avance de los grupos de investigación, al punto de que recientemente existían 13 grupos clasificados por Colciencias en la más alta categoría; y los programas de posgrado que condujeron a la aparición del primer doctorado en ingeniería del país, el correspondiente al desarrollo de los recursos hidráulicos.

Un acierto del libro del profesor Villegas Botero fue la extensión del período considerado hasta 2012, cuando la Facultad cumplía sus primeros 125 años, pues ello le permitió incluir apartes de los discursos pronunciados durante esa celebración. Y se tuvo la fortuna de conocer lo dicho por el entonces rector de la Universidad Nacional de Colombia, Moisés Wasserman, pues resume de un modo certero, nunca antes dicho con tanta propiedad, las razones para esa vigencia de la Facultad de Minas.

El profesor Wasserman empieza por señalar el sorprendente dinamismo de la Facultad de Minas, no solo por sus numerosos programas de pregrado y posgrado, sino en especial por sus 61 grupos de investigación que producían el 45 % de la investigación en ingeniería reportada en el país.

Y continúa así el distinguido exrector, según lo expresa el libro: “Experto conocedor del tema, puso de presente que la Facultad, desde sus inicios, como un extraño círculo histórico que nunca se ha abierto, se ha destacado en la que se conoce como la segunda forma de hacer ciencia, la que se hace como respuesta a necesidades específicas sociales, estatales y hasta empresariales, más que como respuesta únicamente a interrogantes fundamentales sobre la naturaleza de objetos y procesos. Por ello afirmó que le parecía que la nueva forma de hacer ciencia y las novedosas relaciones entre la sociedad y las ciencias existieron en la Escuela de Minas desde su inicio, cuando ya actuaba como se describe hoy a la nueva y madura universidad, por lo que parecía que este modo de hacer ciencia hubiera sido inventado acá, tal vez porque la realidad agreste de esta región lo forzó así, o tal vez porque sus fundadores fueron realmente visionarios excepcionales.”

Antes de referirnos con algún detenimiento al valioso libro de la historia correspondiente a los últimos años, mencionemos cuatro escritos con anterioridad. Son ellos: *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, de Alberto Mayor Mora, publicado en 1984 y que se extiende hasta mediados del siglo XX; *Origen, desarrollo y realizaciones de la Escuela de Minas de Medellín*, de Peter Santa-María Álvarez, de 1994 y que cubre hasta 1970; *Dreams of Development. Colombia's National School of Mines and Its Engineers, 1887-1970*, de Pamela S. Murray, de 1997 y que se extiende también hasta 1970 y con respecto al cual en 2012, con motivo de sus 125 años de funcionamiento, la Facultad publicó una traducción al español a cargo del profesor Néstor Castro Quintero; y *Monografía sobre la Escuela de Minas*, de José María Bravo Betancur, publicado en 1987 y cuyo período termina precisamente en esta fecha, la correspondiente al primer centenario de la Facultad.

El primero de los libros indicados, el correspondiente al sociólogo y Magíster en Historia Alberto Mayor Mora, es ya considerado un clásico en su género. La investigación del autor tuvo su origen en una sorprendente observación: la acusada presencia de ingenieros de la Escuela de Minas, durante la primera mitad del siglo XX, en la gerencia de las principales empresas colombianas. Al indagar por las razones para ello, encontró que la Institución había sido pionera internacionalmente en la introducción, por parte de Alejandro López durante la primera década del siglo XX, de sólidos fundamentos de administración en el plan de estudios. Lo anterior, unido a los principios de integridad, amor al trabajo y laboriosidad inculcados por la Escuela, explicaría el éxito de sus egresados en ese campo. Al respecto, diría López: “Dotar al país del verdadero tipo de capitán de industrias llegó a ser un ideal concreto de la Escuela de Minas.”

Continuamos con el libro escrito por Peter Santa-María, una personalidad muy ligada a la vida de la Facultad de Minas tanto como su alumno, profesor por largo tiempo y decano en dos períodos, primero entre 1940 y 1946 y luego entre 1961 y 1971. Rasgos históricos de modernización y humanismo, introducidos en los años sesenta, se deben principalmente a su fructífera gestión académica y administrativa. Complementando o apartándose de lo escrito por Mayor Mora, el autor señala que una sola asignatura, Economía

Industrial, no puede explicar el éxito gerencial de los egresados sino que es necesario considerar otras asignaturas formadoras como Economía Política, Estadística y Contabilidad Industrial. Con las ventajas y las limitaciones de quien es a la vez autor y protagonista, y con el apoyo de una sólida documentación, Santa-María divide su narración en tres grandes períodos: uno de organización, vicisitudes y vaivenes, hasta 1939, cuando la Facultad se incorpora a la Universidad Nacional de Colombia; un segundo período para responder a los retos del desarrollo, hasta 1963; y un período posterior dedicado a la optimización de la enseñanza.

Se sigue con una mención del libro de Pamela S. Murray. La autora, con título de doctorado de la Universidad de Tulane en Estados Unidos, se concentra en la Escuela de Minas como institución, cuyo desarrollo ocurre en el contexto de las fuerzas que han moldeado la sociedad colombiana y la educación superior por cerca de un siglo. Al mismo tiempo, el texto reconoce la deuda de la Escuela con una cultura regional que durante mucho tiempo ha valorado los logros materiales, las proezas técnicas y el sentido de lo práctico. Anotamos que este último concepto es bien desarrollado por Frank Safford en su importante libro *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*. Señala entonces Murray que la Institución surge en una época en la que las élites empezaron a unirse alrededor de la idea de construir un país estable, moderno y capitalista. La Escuela contribuyó a ese proyecto mediante la formación de profesionales dotados de conocimiento técnico y un nuevo estilo de liderazgo tecnocrático; uno de sus resultados fue el surgimiento de una clase media cuyas expectativas, centradas en el nacionalismo, darían forma al programa de la ingeniería después de 1930. Ya en el epílogo, la autora destaca cómo la Facultad proveyó líderes políticos y económicos en Antioquia, atributo cuya declinación se explica en parte por la aparición de instituciones alternativas. Agregaríamos que esos dirigentes con frecuencia llegaron hasta las más altas posiciones del Estado, algo que todavía se observa ocasionalmente.

Termina este discurrir sobre los libros históricos que anteceden al elaborado por el profesor Villegas Botero con la referencia a uno no incluido en su libro, seguramente por inadvertencia. Se trata de la ya indicada obra del profesor José María Bravo Betancur, Magíster en Planeación Urbana y experto en ingeniería de tránsito y transportes. El autor escribe su monografía a partir del acopio documental de la Institución compuesto por actas, resoluciones, correspondencia... al igual que por el marco jurídico externo de leyes, decretos y ordenanzas. Pero el libro no se limita a la fría transcripción de ese material sino que narra con admiración el recorrido de la Facultad de Minas desde aquella penuria de los primeros 30 años de funcionamiento, posible más que todo por un acto de fe de profesores y estudiantes, hasta la conformación de un centro educativo de reconocimiento nacional e internacional. Incluye también una serie de crónicas y anécdotas que no deben subvalorarse porque a veces ellas son la mejor manera de describir un ambiente. He aquí una: como los estudiantes iban uniformados a algunas procesiones religiosas, en un momento dado se discutió si debían ir con sombrero. Muy del caso es terminar con unas palabras que transcribe el libro, correspondientes a un Joaquín Vallejo Arbeláez de apenas 25 años cuando muestra cuán ambicioso era el proyecto

de la ingeniería en el cincuentenario de la Escuela: “Debemos prepararnos para regir el país y someterlo a las normas administrativas que con tanto éxito hemos dado a las organizaciones privadas. Es necesario llevar el sentido matemático a las obras públicas, a las finanzas, a los correos, a la higiene, a la educación, a la agricultura y a las industrias. Los ingenieros debemos levantarnos en una como revolución pacífica para salvar el país de las improvisaciones y el empirismo. Que el abogado y el médico concurren equitativamente con nosotros con el aporte de sus respectivas ciencias. Que los consejos técnicos vengan a sustituir poco a poco a los congresos políticos.”

Es apropiado que el libro de Villegas Botero, antes de ocuparse del período que indica su título, presente en la Introducción una sucinta pero elocuente narración de los principales hitos de la antigua Escuela y hoy Facultad, desde 1887 hasta 1970. Necesario pues la Institución es lo que ha llegado a ser, y aspectos del presente no se entenderían a cabalidad sin un conocimiento de determinados antecedentes. O como dijera alguien, la historia es la predicción del presente. Quisiéramos complementar ese relato con dos hechos.

En primer lugar, durante la segunda decanatura de Peter Santa-María en los años sesenta, no sin dificultad y con la importante participación de dos profesores vinculados en esa década, Bernardo de Nalda y Daniel Ceballos Nieto, se aprobó un plan de humanidades para sustituir una situación increíble: en ese momento aquellas se reducían a un curso llamado Cultura general, para cuyo desarrollo se invitaba a un intelectual de la ciudad con la obligación de inventar el programa respectivo según su leal saber y entender.

La idea central del plan era contar con un curso de humanidades cada semestre de la carrera, con intensidad de dos horas por semana. El conjunto de asignaturas se dividía en dos partes: una básica y obligatoria para los cinco primeros semestres del pensum y luego una serie de cursos electivos que se escogerían por los estudiantes a lo largo de los cinco restantes semestres. El tronco básico incluía asignaturas como Lenguaje, Historia, Sociología, Economía y Problemas del desarrollo, en tanto que en los cursos electivos aparecían otras como Cine o Apreciación musical.

Lo anterior se complementaba con una nutrida programación extraacadémica que incluía un cine club, grupo de teatro, conciertos y, en particular, conferencias que reunieron a connotadas personalidades de la época como Jorge Zalamea, Fernando González, Camilo Torres, Marta Traba, Hernando Salcedo Silva...

Todavía nos encontramos con alumnos de aquella época que agradecen esa preparación que les proporcionaron dichos cursos y las actividades por fuera del currículo. Es lamentable que haya desaparecido una experiencia pionera en Colombia, encaminada hacia la formación integral de los ingenieros.

Para el autor de este prólogo fue aleccionador conocer personalmente, dos décadas después, una discusión en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) que intentaba definir una formación complementaria como la establecida por la Facultad de Minas para los estudios de ingeniería.

Y, en segundo término, realzar que la Facultad de Minas ha sido una especie de facultad madre como se colige de datos incluidos en el libro. Hacia mediados de los años cincuenta, se desprende de ella una Facultad de Arquitectura que enriquecería la sede Medellín de la Universidad Nacional. Unas dos décadas después, la institución en forma generosa cede áreas de singular importancia, en matemáticas, física, química, geología, recursos minerales y humanidades, lo cual facilitaría la creación de las nuevas Facultades de Ciencias y de Ciencias Humanas en aquella sede. Y, finalmente, durante esos mismos años, fueron profesores desencantados de la marcha de la Facultad en los agitados años setenta quienes propiciarían la fundación y desarrollo de la Escuela de Ingeniería de Antioquia, hoy una entidad de reconocido prestigio.

Oportuna también la breve descripción de los libros históricos por parte del texto que nos ocupa, entre los cuales destacaríamos su cálida mención de *La estrella de cinco picos – Una novela sobre la Escuela de Minas*, de Jorge Alberto Naranjo, pues dado su carácter no se menciona en este prólogo. Pero se recomienda a los lectores aquella mención del libro de quien fuera nuestro brillante estudiante, luego distinguido profesor de Mecánica de Fluidos e Hidráulica, y hoy además reconocido escritor.

Antes de referirnos a la estructura y contenido del libro de Villegas Botero, es bueno reconocer de entrada la propiedad y hasta cierta familiaridad con las que este autor, sin tener formación en ingeniería, se acerca a la dinámica de los compromisos misionales de la Institución y entiende los cambiantes procesos en el interior de la misma. No sorprende porque ya el autor había incursionado en temas relacionados con dicha profesión en su calidad de autor del libro *Tradición e Innovación*, publicado por la Escuela de Ingeniería de Antioquia, y coautor de los libros *Una mirada al pasado. Una visión de futuro*, sobre las Empresas Públicas de Medellín, y *El sector eléctrico colombiano. Orígenes, evolución y retos, 1882-1999*.

De otra parte, un apunte sobre la documentación. Cuando se trabaja la historia de hechos antiguos, es un deleite encontrar información inédita. Pero si la tarea se ocupa de acontecimientos recientes, la documentación puede ser abrumadora y obliga al autor, como en este caso, a navegar por la misma con grandes dificultades de selección y apropiación. Pero la historia reciente tiene una ventaja: muchos de los testigos o protagonistas del período están vivos y por medio de entrevistas, como las 55 de este libro, aquellos suministran una información personal y subjetiva de gran utilidad para la comprensión e interpretación de los hechos.

Son atributos meritorios del libro la narración fluida, solo con acontecimientos y momentos históricos merecedores de atención; las breves semblanzas que hacen desfilar protagonistas y actores; los datos y gráficos que no hacen pesada la lectura pues se incorporan al texto con oportunidad y para reforzar los conceptos y las opiniones; la presentación de contextos educativos de la Nación, el departamento y la Universidad Nacional, con énfasis en su sede Medellín, así como de condicionantes y explicativos hechos y políticas del

orden nacional; y, de no menor importancia en estos tiempos de deterioro del idioma, el empleo de un español castizo y una prosa elegante.

Con el fin de proporcionar al libro una estructura que permita identificar los cuatro lapsos que conforman el período de estudio, 1970-2012, el autor hace una caracterización de la siguiente manera: la década de los años setenta, conflictos, consolidación e integración; los ochenta, fortalecimiento de la investigación, creación de nuevas maestrías y celebración del centenario; los noventa, una facultad rejuvenecida y moderna; y el nuevo milenio, hacia una facultad de posgrados e investigación.

Al iniciar con la primera década, Villegas Botero ve la necesidad de referirse a los ricos antecedentes de transformación y modernización ocurridos en la década de los años sesenta. Los siguientes años, influidos por Mayo del 68, ecos de la Revolución Cubana y acontecimientos electorales del país, comienzan con los turbulentos meses del cogobierno universitario y luego la mano dura de rectorías que deciden, en un hecho desusado y deplorable, la expulsión de distinguidos profesores tanto en la Universidad de Antioquia como en la sede Medellín de la Universidad Nacional. Pero para la Facultad son años de realizaciones y grandes cambios: se intenta definir los primeros programas de maestría; se realiza por fin la integración de las facultades de la mencionada sede, y se crean las nuevas de Ciencias y de Ciencias Humanas, lo cual conduce a importantes modificaciones de la organización académica; ocurre una notoria expansión de la población estudiantil estimulada por el Gobierno del presidente Alfonso López Michelsen y su ministro de educación Hernando Durán Dussan, con las consiguientes dificultades financieras y de consecución de profesorado competente; la firma de convenios internacionales propicia el desarrollo de áreas relacionadas con la ingeniería mecánica, el carbón y el cobre; y la extensión, con frecuencia olvidada, recibe un impulso que fortalece las relaciones con la sociedad.

Como la investigación y el desarrollo de los posgrados son temas centrales que destaca el libro durante los años ochenta y noventa, viene al caso la necesidad de una reflexión al respecto. Partiendo de lo que es reconocido en las grandes universidades del mundo, en Colombia surge en los últimos 10 o 20 años la idea de centrar la vida académica de la educación superior en la investigación. Sin embargo, se han presentado algunas distorsiones que es imperativo corregir. Como la universidad no puede ser solo una institución de investigación, no es aceptable que ésta esté desligada de la docencia y la extensión. Es correcto tener la investigación como foco del devenir institucional pero con la obligación concomitante de enriquecer y fundamentar la docencia y la extensión.

Han aparecido en la universidad colombiana profesores que solo investigan y que se niegan a dar clase, al igual que existen profesores que solo ejercen la docencia. Bien se sabe que los mejores profesores tendrían que dar clase en el pregrado, especialmente en los primeros semestres de las carreras con el fin de orientar y animar a los recién llegados a las aulas. El trabajo investigativo del profesor, cuando es presentado o discutido en clase, constituye un estímulo

para los estudiantes de posgrado o pregrado y se opone a la rutina de una docencia repetitiva.

Los profesores que muestran gran interés por el aspecto docente deberían hacer un esfuerzo por vincularse a la investigación, como por ejemplo a aquella relacionada con los métodos de enseñanza y aprendizaje, sobre todo cuando es indispensable evaluar los resultados de la creciente educación abierta que viene aprovechando los recursos del mundo digital.

Y unas palabras sobre la extensión que, como destaca el profesor Villegas, recibe un mayor impulso en el decenio de los ochenta y sobre todo en los noventa. Aquella es mediadora de la relación con la sociedad, a partir de la cual la universidad se vincula al análisis y, llegado el caso, a la solución de problemas regionales y nacionales. Pero la misma es al mismo tiempo una instancia mediante la cual la institución adquiere un aprendizaje que debería informar la investigación y la docencia. Por ello, el desideratum es que todos los profesores, en la medida de lo posible, dediquen parte de su tiempo a la extensión.

Con respecto a otros temas del decenio de los ochenta, con gran precisión y detalle el libro analiza el benéfico efecto en lo tocante a la investigación y la extensión, tanto para las universidades en general como para la Facultad de Minas en particular, de los dos importantes decretos extraordinarios, con fuerza de ley, dictados en 1980 por el Gobierno Nacional, El primero de ellos definió el carácter de las diferentes instituciones de educación superior y, por primera vez, instauró y reglamentó los títulos de especialización, maestría y doctorado. Con anterioridad, la Facultad pudo crear programas de maestría en razón de la autonomía de que goza la Universidad Nacional de Colombia. El segundo decreto constituyó el régimen orgánico especial de esta Universidad.

También el autor destaca otros acontecimientos de los años ochenta: el surgimiento ya firme de las maestrías, con la aprobación de las correspondientes a aprovechamiento de recursos hidráulicos y a ciencia y técnica del carbón, ambas con el respaldo del Programa ICFES-BID para el desarrollo de la capacidad de investigación; años más tarde, la creación de la maestría y la especialización en sistemas, al igual que las especializaciones en transporte y geotecnia; la creación del Centro de Investigación en Metalurgia Extractiva –CIMEX- y la meritoria patente relacionada con la obtención de carbón activado; la celebración del centenario de la Facultad de Minas en 1987, ocasión que fue para la reflexión y difusión de realizaciones, así como oportunidad para obtener recursos que permitieron un urgente y parcial alivio financiero; y la creación por parte de los egresados de una entidad para el apoyo de la Institución, Prodeminas, que prontamente mostró su utilidad al conseguir por primera vez en muchos años un nuevo terreno para la Institución; y la proliferación de servicios a cargo de laboratorios y de asesorías a entidades públicas y privadas. Un breve comentario sobre esto último, pues muchos egresados se quejan de una posible competencia desleal del claustro cuando éste se ocupa de asesorías rutinarias. Sostenemos que ese tipo de trabajo solo debe realizarse cuando signifique un beneficio para la docencia o la investigación.

Procede el libro a ocuparse de los vitales cambios del decenio de los noventa, iniciados con una nueva Constitución, la Ley 30 de 1992 sobre la educación superior, un nuevo régimen orgánico especial para la Universidad Nacional y la creación del Consejo Nacional de Educación Superior con su importante tarea de acreditación. Todo ello en medio de un clima de orden público que amenazaba las instituciones y la vida misma del Estado.

Fueron también los años de una profunda reforma académica; estímulos a la producción de libros y artículos por parte de los profesores y la aparición de una cierta cultura de la publicación en las revistas de la Facultad; la mejora de espacios y la adquisición de una nueva propiedad; la aprobación de maestrías en medio ambiente y desarrollo y en ingeniería química, al igual que de diferentes programas de especialización; y, por primera vez en muchos años, creación de dos nuevos pregrados, uno en ingeniería de control y otro en ingeniería de sistemas e informática.

Pero lo central de ese período es el avance de la investigación gracias a la definición de las líneas de trabajo, el estímulo a las publicaciones, el apoyo de Colciencias y el desarrollo de los grupos de investigación, esto último un paso de la mayor importancia pues por muchos años la actividad se veía como algo individual y marginal en la vida académica. Resume bien lo anterior el que puede considerarse el hito del decenio: la creación del programa doctoral en Aprovechamiento de Recursos Hidráulicos, una aspiración prevista desde el establecimiento de la maestría en esa área durante el década anterior, y cuya gestación debe mucho a los esfuerzos del profesor Óscar Mesa Sánchez. Fue el primer programa doctoral de ingeniería en el país, y también por primera vez una universidad colombiana otorgó dicho título, en este caso a un profesor de la Facultad, Germán Poveda Jaramillo, un investigador en hidrología y climatología que se ha hecho acreedor a varias distinciones de orden nacional e internacional y que en la actualidad hace parte del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático.

Termina el libro con lo ocurrido en el presente siglo hasta 2012, con discusión de ciertos hechos centrales: un nuevo estatuto general y reorganización de la Facultad con la creación de las escuelas, una estructura que años más tarde volvería a la antigua de departamentos; planes de desarrollo, no usuales en la Institución, y plan de capacitación y relevo generacional; surgen varios doctorados y nuevas maestrías; la Universidad Nacional decide solicitar la acreditación de sus programas, después de algunas dudas al respecto, y la Facultad de Minas logra acreditar todos sus programas de pregrado en 2011; se reglamenta el sistema de créditos; se constituye una novedosa comisión pedagógica; cobra importancia la innovación; crecimiento de la población estudiantil de posgrado y del número de profesores con título doctoral; aumento de los recursos propios gracias a la extensión y la investigación; surge por primera vez un doctorado interinstitucional, el correspondiente a ciencias del mar; se conmemoran los 25 años del programa de posgrado en recursos hidráulicos; se adquieren nuevos terrenos, entre ellos el importante de la denominada Zona Minera, destinada a un parque tecnológico de la minería, los materiales y los combustibles; y se celebran los 125 años de la Institución.

Vale la pena destacar lo ocurrido con la revista Dyna en los últimos años, un progreso que muestra la madurez del trabajo investigativo y el decidido aumento de la calidad del profesorado. Aquella fue fundada en 1933 por estudiantes liderados por el también estudiante Joaquín Vallejo Arbeláez, con posterioridad hombre de Estado y a quien este prologuista considera un renacentista de nuestro tiempo. En su larga y meritoria vida la revista ha tenido altibajos, pero gracias a los dos factores indicados, y también a una dirección estable y orientadora, Dyna es hoy una publicación de reputación internacional, está clasificada en la más alta categoría que para las revistas científicas y tecnológicas otorga Colciencias y tiene un comité editorial compuesto por distinguidos investigadores de nueve países. Con anterioridad, dos revistas que cumplieron un buen cometido, Avances en Recursos Hidráulicos y Energética, se incorporaron a aquella.

Para terminar este prólogo, es imperativo registrar el acierto de los directivos de la Facultad de Minas, en particular su Comité Editorial, al encargar al profesor Luis Javier Villegas Botero la difícil tarea de completar el recorrido histórico de la Institución, indispensable si se tiene en cuenta que ya existían significativos libros de este carácter que no cubrían las últimas décadas. Con la dedicación de varios años de ardua labor, con el cariño por el tema que denota su prosa y con el apoyo de algunos colaboradores mencionados por el libro en el apartado de Agradecimientos, el autor ha cumplido a cabalidad y brillantemente su encargo. Este sustantivo aporte que describe, jerarquiza y analiza los cambios y avances de la Institución en este último período merece la gratitud de la Facultad de Minas, así como de la sociedad en general.

Darío Valencia Restrepo

Medellín, marzo de 2015